

8

Subdesarrollo, mitos, leyendas y realidades

Ing. José Cano Vallado

**CENTRO DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA
CENTRO DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIAS**

CONSEJO EDITORIAL:

Dr. Carlos Escandan D.

Dr. Juan Bazdresch P.

Arq. Gerardo Anaya D.

diseño de la colección: Álvaro Yáñez

Formato: Anneke Boom.

Tipografía: Gabriela Ruiseco, Genoveva Camacho, Lourdes Salazar

Impreso en la Universidad Iberoamericana

Se terminó de imprimir en Diciembre, 1983.

Tiro: 1,000 ejemplares.

Derechos reservados

© Copyright

Universidad Iberoamericana, 1983

Cerro de las Torres 395 / 04200 México. D. F.

JOSÉ CANO VALLADO

Mexicano. Ingeniero Civil por la Universidad Nacional Autónoma de México. Cursos de Posgrado en Antropología Social en el Departamento de Sociología y Política de la Universidad Iberoamericana. Profesor a Investigador de Tiempo en el Departamento de Diseño Industrial y Gráfico de la Universidad Iberoamericana. Académico Afiliado de la Academia Mexicana de Diseño. Fue Presidente de la Asociación Mexicana de Diseñadores, A. C.

PRESENTACIÓN

El Ideario de la Universidad Iberoamericana señala, como un elemento de su Filosofía Educativa, que quiere “servir a México colaborando en la búsqueda desinteresada, sin sectarismos, de una cultura y una identidad nacional, plenamente ajustada a nuestra problemática y a nuestras realidades históricas” (2.2). Más adelante especifica el propósito de cooperar a resolver los problemas sociales de México de acuerdo con la justicia social (2.3).

¿Cómo realizar efectivamente estos propósitos? Diversas políticas y acciones se encaminan de acuerdo con ellos, pero nadie ignora que frecuentemente desaparece dicho horizonte del quehacer universitario, sobre todo es decir, las técnicas, en su sentido más amplio.

El trabajo del Ing. José Cano, que aquí presentamos, busca mostrar, no sólo la posibilidad de tener nuestra propia tecnología, sino, incluso, su urgencia, que obliga a las universidades, a la nuestra en concreto, a trabajar en esa línea.

Arq. Gerardo Anaya Duarte
Editor.

SUBDESARROLLO: MITOS, LEYENDAS Y REALIDADES

Uno de los conceptos que más se repiten en nuestra época es el del subdesarrollo. Todos los días lo encontramos unido a éxitos o fracasos, a planes o justificaciones, a teorías o desahogos verbales. Es una palabra mágica, es un mito o una abstracción que cada quien puede manejar a su antojo.

Resulta innegable que existen países ricos o desarrollados, y pobres o subdesarrollados. Para clasificarlos, los economistas idearon una serie de indicadores matemáticos que sólo sirven para evaluar el fenómeno, pero no para encontrar soluciones a los problemas que plantea. De ellos, el dato que puede resultar más valioso y real es el de la “brecha”, brecha que se abre en lo social, lo cultural, lo tecnológico y lo económico, entre estos dos tipos de naciones.

México, con etiqueta de subdesarrollado, comparte una larga frontera con los Estados Unidos, el país más poderoso de la tierra, lo que nos ofrece la oportunidad de analizar “la brecha” y sus consecuencias de una manera real y directa. Ésta no surge de la noche a la mañana como si fuera el resultado de un terremoto, sino como el fruto consecuente de una serie de acontecimientos, que será conveniente analizar en la perspectiva histórica en que se generan, los cuales dividiremos en dos etapas: el de las bases coloniales que dan fundamento a las dos naciones, y las de su desenvolvimiento posterior como estados independientes.

BASES COLONIALES

Al cerrarse la ruta del comercio de la seda y las especias en la parte oriental del Mar Mediterráneo por el dominio islámico, los comerciantes portugueses y españoles, que empezaban a desplazar a genoveses y venecianos, buscan, rodeando el continente africano, una nueva ruta que los conduzca al océano Índico. Al intentar encontrar esa nueva ruta a las Indias por el poniente, Colón sufre el “tropiezo” que lo lleva a descubrir un continente.

Difundida la noticia, los españoles inician desde las mismas postrimerías del siglo XV, la exploración de lo que no saben si será Cipango, Catay o la India; en cambio, los ingleses deberán esperar a contar con una flota capaz que les permita competir en esa empresa, lo que lograran hasta los albores del siglo XVII.

Los participantes y su estilo de colonización tienen aspectos distintos, y en ellos podemos ver, que al igual que en “el tropiezo”, el destino o el azar jugaran un papel muy importante en la realización titánica de estas empresas.

Los españoles son el fruto de la consolidación de un reino que empieza a gestarse en 718, con la victoria lograda sobre los árabes por Pelayo, rey de Asturias, guerra que impulsada por la fe de Cristo contra el Islam, durará hasta 1492. Pertenecían pues a un pueblo con muchas generaciones de guerreros portaestandartes del cristianismo. Terminadas las tierras por conquistar en la península, hecho que coincide con el descubrimiento colombino, se abren nuevos horizontes de conquista y evangelización para aquellos guerreros y frailes. Para ello contaban con la flota más importante de Europa, y su experiencia en el comercio marítimo se remontaba a 950 años antes de Cristo, cuando naves fenicias embarcaban en Tarsis, hoy Huelva, el cobre con el que se harían las puertas del templo que el rey Salomón, construye en Jerusalén. El azar interviene nuevamente al hacer variar el tipo de colonización que se proponen, ya que si el impulso original era solamente el de comerciar con los países de la especería, ésta hubiera sido costera como la practicaban los portugueses, quienes situados en un puerto

seguro, negociaban por igual con mercancías que con esclavos con los nativos de la costa, pero sin internarse en los territorios que van descubriendo.

El factor que hace ir tierra adentro a los españoles, es la codicia que despiertan en ellos los deslumbrantes tesoros, que les envían como a “teules” que cumplen el vaticinio de Quetzalcóatl. Es el oro el que hará, al despertar la ambición de los soldados, que se lancen a la conquista del imperio Tenochca, y que los frailes vayan a la búsqueda de almas que redimir de los “demonios” que las tienen sojuzgadas en sus prácticas idólatras.

Pero el oro fácil que se logra con la espada del vencedor pronto se agota, y se tendrá que procurar entonces con las herramientas y la técnica de un nuevo personaje, por lo que el conquistador deberá ser sustituido por el colonizador. Es por eso, que al tiempo que se inicia la edificación de las nuevas ciudades sobre las ruinas de las antiguas culturas Mesoamericanas, se pone en marcha la exploración de las áridas tierras de la gran Chichimeca. La geología de la región no tiene oro que ofrecer, a cambio de lo cual se muestra pródiga en plata, y es este metal el que hace surgir antes de que termine el siglo XVI, las ciudades y la infraestructura que las va uniando, en el páramo inhóspito de la meseta del Norte. Nacen: Zacatecas (1546), Guanajuato (1557), Sombrerete (1558), Durango (1563), Fresnillo (1566) y San Luis Potosí (1576). Junto a ellas empiezan también a multiplicarse las ciudades agroganaderas que darán sustento a los “Reales de minas”: Querétaro (1556), Celaya y Jerez (1570) y León (1572). Al cerrarse el siglo se funda en 1596, Monterrey, y es así como a los 75 años de la caída de Tenochtitlan se empieza a delinear la geografía y la economía del reino de la Nueva España.

Articulada por la flota española al comercio de oriente, la plata de la “Veta Grande” de Zacatecas o la de la “Valenciana” de Guanajuato, recorren el mundo. Su fama despierta la codicia de los ingleses, quienes tratan de apoderarse de ella por medio del torso y la piratería. Posteriormente, al fracasar en 1588 la llamada “Escuadra Invencible” de Felipe II, España empieza a perder el predominio de los mares, lo que dará pie para que se inicie la colonización inglesa en busca de los metales preciosos.

Se presenta en ese momento una paradoja: España había navegado hacia el poniente en busca de las especies, la seda y otras mercancías, o sean “valores de uso”, y encuentra plata “valor de cambio”. Esta situación hace que en la Nueva España la explotación agropecuaria y de los bosques sea orientada hacia el sostenimiento de la industria minera, sin que se piense desarrollarla como productora de mercancías de exportación.

Contrariamente, los primeros emigrantes ingleses que en 1606 desembarcan en la bahía de Chesapeake y fundan Jamestown, van en busca de metales que no encuentran, y se tienen que conformar, después de un año de fatigoso trabajo, en exportar: mástiles para navíos, un poco de seda y tabaco, esa “yerba inútil corruptora de las buenas costumbres”, como la llaman en Inglaterra. Ellos van por “valores de cambio” y encuentran “valores de uso”.

Este hecho tan simple, en el que, como decíamos antes interviene el azar, tendrá muy serias consecuencias a largo plazo. A principios del siglo XVII, y quizá hoy mismo, resulta impredecible determinar el tiempo que durará la riqueza de una vela argentífera, en cambio los productos del campo y del mar son siempre renovados, y es así como las grandes glorias mineras van desapareciendo una a una, irremediablemente, y en cambio aquella “yerba nefasta” crece indefinidamente en producción y consumo, hasta alcanzar en el año de 1976 una producción mundial de más de cinco millones y medio de toneladas métricas.

Nunca pensaron aquellos desilusionados colonos que no habían encontrado plata, el negocio que acababa de nacer, pero es en una forma incidental como la codicia por los metales preciosos, el vicio del tabaco o el poder de las armas, van configurando el avance tecnológico y económico de los estados.

Para conocer un poco a los emigrantes ingleses, seguiremos brevemente a André Maurois en su Historia de los Estados Unidos, y cito:

“En aquellos comienzos del siglo XVII, Inglaterra estaba desgarrada por unos conflictos muy ásperos, pues los odios políticos y los odios religiosos llegaron a un grado de exaltación realmente raro en el Reino Unido” . . . “había tres grupos de iglesias: Anglicanos, Presbiterianos e Independientes” . . . “los separatistas tenían por “cosas inmundas”, por igual a la Iglesia de Inglaterra y a la Iglesia Presbiteriana. Ambas como represalia, los perseguían” . . . “esto provocó que algunos de ellos se refugiaron en Holanda, país al que no lograron aclimatarse” ... (y) .. . “empezaron a negociar con la Compañía de Virginia para obtener una concesión”.

“Inglaterra pensaba que el heterodoxo constituía el producto de exportación por excelencia, los separatistas buscaban una tierra “en donde tuvieran libertad de orar en paz”. Por su parte la Compañía buscaba colonos. Asunto resuelto”.

“Ciento dos peregrinos, los cuales, desde luego no eran todos separatistas, se embarcaron a bordo del “Mayflower” en septiembre de 1620” . . . (y) . . . “el 21 de diciembre llegan a cabo Cod” . . . “los 41 padres peregrinos firman un pacto o “convenant” que los mantendrá unidos, y fundan la ciudad de Plymouth, cuyos comienzos fueron tan difíciles como los de Jamestown” . . . “Lo más importante fue la atribución de tierras, en libre propiedad, a los miembros de la comunidad. Esta liberal distribución de la propiedad rústica dará lugar más tarde, en Nueva Inglaterra, a la igualdad política”.

Si existían esas diferencias entre los emigrantes españoles e ingleses, en que a unos la religión los había unido y a los otros distanciado, lo disímulo de las culturas aborígenes que encuentran, así como las diferencias climáticas, geográficas y geológicas, harán totalmente distintas las acciones a seguir.

En la guerra de conquista, España encuentra dos facetas diferentes: la del sometimiento de las altas culturas, con centros urbanos y ceremoniales, agricultura de irrigación y una autoridad que coordina y gobierna, y los cazadores recolectores del norte. La guerra con las primeras será igual a la que se practicaba en Europa, en cambio, no encuentran la estrategia para vencer a las tribus nómadas, y la guerra Chichimeca le costará a España diez veces más en vidas, tiempo y dinero que la conquista del imperio Tenochca. Esta última circunstancia es la que encuentra el pionero inglés, por lo que llevará por igual armas que herramientas, ya que será el defensor de la frontera que él va expandiendo.

En su caso, los aborígenes son muertos o confinados a regiones cada vez más al Poniente, en cambio la colonización de las comunidades indígenas de Mesoamérica, implicará desarrollar dos mundos diferentes: los emplazamientos españoles y las repúblicas de indios, con una duplicidad de funciones tanto gubernamentales como eclesiásticas, mientras que en Norteamérica los empleos públicos son pocos y ninguno superfluo.

Allá los agrupamientos sociales empiezan con el granjero, su unión forma pueblos y, de acuerdo al desarrollo económico de la región, las ciudades, pero Washington no se fundará hasta que los requerimientos políticos no la demanden, lo cual contrasta con las primeras ciudades españolas

edificadas, que por requerimientos militares y estratégicos, tuvieron que ser construidas sobre los asentamientos de los antiguos centros de poder.

Llegados a territorios similares a los que vivían en Europa, las comunidades inglesas no varían sus costumbres. Por lo contrario, el español tiene que adaptarse físicamente a un clima que lo agota, y empezar a fundir dos culturas, que en su sincretismo, forjan una mestiza que abarca todos los aspectos de la vida: alimentación, vestido y habitación. En la educación y evangelización de los aborígenes, el tener que superar la barrera del idioma obliga a los frailes a aprender dialectos a impartir sus enseñanzas en las lenguas nativas, en español y en latín.

Los peregrinos y los puritanos del Norte no se mezclan; en cambio el mestizaje en la Nueva España crea un mosaico interminable de castas, que se complican aún más con la incorporación de los esclavos negros. Ambas colonizaciones forjan un nuevo personaje para la historia: “el criollo”. Creado en el seno de una familia de costumbres europeas, siente un acendrado cariño por la tierra donde nace y crece. En el caso inglés, él será el elemento social más valioso. En Nueva España, será relegado y no podrá aspirar a los altos cargos civiles, militares o religiosos, cargos que serán ocupados por “peninsulares” sin ningún arraigo, pues sólo estarán por el tiempo indispensable que les permita acumular fama y riqueza y poder regresar a la metrópoli. Las diferencias fundamentales de esta etapa de las Bases Coloniales las podríamos sintetizar diciendo que la conquista y colonización de Iberoamérica se hace en una forma eventual. “El tropiezo” implica el desarrollar con premura, improvisación e imaginación todo un sistema de gobierno para una región, cuya superficie es cuarenta y dos veces mayor que la del reino que empieza apenas a consolidarse como tal, y que al mismo tiempo, realiza una evangelización y un sincretismo cultural con los pueblos aborígenes; por su parte, la colonización inglesa es un acto premeditado, en que un grupo de gentes sólo buscan un territorio donde seguir viviendo exactamente igual que como lo hacían en Europa, y la única acción que realizan con los nativos, es desalojarlos de los territorios que ocupan y empezar a explotar las riquezas que en ellos encuentran.

LA INDEPENDENCIA

En Norteamérica, de 1606 a 1776, ya se habían formado varias generaciones de criollos, de aquellos hombres con un ideal de trabajo, libertad y respeto. Todavía constituían trece colonias aisladas que lo único que tenían en común, era su deseo de dejar de pertenecer a la metrópoli. Aunque luchaban contra las dificultades que les impedían encontrar fórmulas de unión y aún estaban lejos de integrar una nación, ya habían forjado a los hombres que la harían realidad: La historia recogió los nombres de una constelación de brillantes políticos que forman el grupo de notables que a nombre de: “Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos” . . . redactaran una Constitución como el documento más justo y eficaz que les sea posible, dejándole además abierta la oportunidad de seguirla perfeccionando con el tiempo.

Pero hubo otros hombres, granjeros criollos promotores de la riqueza, cuyos nombres no siempre aparecen en la historia, aunque hayan sido quienes desarrollaron la filosofía del “ingenio yanqui”. Sus conocimientos estaban más adelantados que su época, aunque contaban con poca cosa para trabajar excepto sus ideas, en un país con un territorio inmenso y casi totalmente agrícola.

Será de justicia mencionar cuando menos dos ejemplos de este “ingenio yanqui”: Oliver Evans nace en 1755 en una granja de Newport, Del. Aprendiz de fabricante de carros a los 15 años, a los 22 inventa y fabrica una máquina para cardar lana y a los 30, construye y pone en operación un molino de trigo movido por energía hidráulica, con un sistema de conductos y elevadores que forman una línea de operación continua, y que era atendido por un solo hombre durante todo el proceso de convertir el trigo

en harina. En 1804 modifica y mejora la maquina de Watt, y propone uno de los conceptos más importantes del desarrollo tecnológico futuro: la rueda motriz.

John Stevens es ciudadano y tiene la oportunidad de graduarse en el King's College, hoy Universidad de Columbia. Nacido en New York en 1749, y después de haber servido como capitán en la guerra de Independencia, se dedica a la construcción de buques de vapor, para los que diseña la primera caldera multitubular y las propelas submarinas de “tornillo”. Preocupado por el transporte, escribe los “Documentos tendientes a probar la superioridad y ventajas del “Railways” y de los carruajes de vapor, sobre los canales de navegación”. Lleva la teoría a la práctica fabricando la primera locomotora de América, cuando recibe la primera concesión ferrocarrilera de los Estados Unidos del Congreso de New Jersey en 1815. Iniciada la obra cuando cuenta con 75 años de edad, ésta deberá ser continuada por su hijo Robert L. nacido en 1787, quien realiza el diseño y la producción del riel en “T”, igual al que se usa universalmente hasta nuestros días, conjuntamente con el típico clavo ferrocarrilero, los durmientes y la cama de balastro. Fabrica además la famosa locomotora “John Bull”.

No nos debe causar ningún asombro entonces que con gentes de esa talla, 31 años después de que se inauguró el ferrocarril Londres-Birmingham en 1838 con un recorrido de 190 kms., se termine en Estados Unidos el ferrocarril transcontinental, con una longitud suficiente como para cubrir la distancia entre Lisboa y Moscú.

En el mar también se refleja su acción. Las pesquerías de bacalao siguen progresando. En el transporte marítimo contando con ilimitados recursos forestales, no es de extrañar que para 1760 se construyan 400 barcos anuales, y que en el año de la Independencia, de los seis mil barcos mercantes ingleses, más de dos mil habían sido construidos en América. El desarrollo de una agricultura extensiva, en terrenos vírgenes que se antojan ilimitados y contando con poca mano de obra, hace que se desarrollen los implementos agrícolas, los que a su vez desencadenan una serie de avances tecnológicos: las piezas intercambiables, las partes “standard”, y de allí a las maquinas-herramientas, que eran en sí mismas maquinas y se empleaban para hacer otras máquinas. Entre 1750 y 1830 surgen tornos, taladros, cepillos, el torno copiador, el torno revólver y la fresadora universal. El legendario personaje del herrero queda reducido en su actividad a un simple “zapatero de caballos”.

Por otra parte, los capitales ingleses se convierten en capitales americanos. La dependencia política se rompe pero las relaciones comerciales prosiguen. El rey Jorge III anhelaba una paz de reconciliación, con tal de “conservar como clientes a quienes había perdido como súbditos”.

En contraste, la situación que prevalecía en México era totalmente distinta. Basta para corroborarlo con leer estas frases de uno de los hombres de nuestra Independencia, Lucas Alamán, y cito:

“Todo lo que ha podido ser obra de la naturaleza y los esfuerzos de los particulares ha adelantado; todo aquello en que debía conocerse la mano de la autoridad pública ha decaído; los elementos de la prosperidad existen, y la nación como cuerpo social esta en la miseria”:

Tanto había decaído la mano de la autoridad, que durante los cuarenta y dos años que transcurren entre el primero y el segundo imperio, el gobierno cambia de manos cuarenta y nueve veces, luchando entre mexicanos con las arenas, que con empréstito de por medio, nos facilitan los ingleses para podernos defender de España en el caso de que ésta intente una reconquista. Arenas que sólo sirven para ensangrentar nuestra tierra, pero que resultan totalmente ineficaces en 1848.

Mientras los “criollos yanquis” impulsan vigorosamente la economía de su país y se rigen con un sistema político desarrollado de acuerdo con sus circunstancias, los “criollos iberoamericanos” toman revancha del aislamiento al que han sido sometidos y se lanzan a la conquista del poder, pretenden imponer los sistemas políticos norteamericanos, aunque éstos nunca los puedan armonizar con la realidad social, y se guían solamente por sus ambiciones personales.

Es así como México llega a un contrasentido: logra su independencia política, pero alcanza su dependencia económica al no poder resolver tres graves problemas:

- a) No fabricábamos maquinaria y obviamente todo lo que se produce con ésta.
- b) No podíamos continuar en el comercio mundial, ni aún en el de la plata. Al no tener una marina mercante, teníamos que permanecer en el muelle esperando la llegada de los clientes.
- c) No contábamos ya con capitales al expulsar a todos los españoles, Según el decreto del 12 de enero de 1829.

Este rápido recorrido nos habla de la formación de la “brecha” que todos conocemos y que seguirá ensanchándose hasta nuestros días, pero existe otra, más dolorosa y lacerante que siempre dejamos en el olvido: “la brecha interna del México dual”.

Terminado el carrusel del poder, la nación vive una dictadura entre 1876 y 1911. Se intenta en ese lapso modernizar el país. Había que empezar cuando menos en apariencia, a cerrar la “brecha” externa, intentando copiar el modelo de desarrollo que van logrando los Estados Unidos.

Quien copia, concede, y quien tiene el poder, lo ejerce. Es así como se inicia la época de las concesiones que serán el germen de las empresas transnacionales, y éstas, a su vez, las que romperán el equilibrio social preestablecido en México.

Quienes por su posición económica pueden permitirse el lujo de viajar en ferrocarril sienten que empiezan a gozar del progreso y del modernismo. Su prepotencia los hace vivir un ambiente de ilusión sin preocuparse de lo que sucede en el resto del país, adormilado aún en el bucólico aislamiento provinciano en el que lo dejó la Colonia.

Es de este último sector en el que abundan los desposeídos y los olvidados, de donde se aportarán las manos que construyan las vías o pongan en marcha las fábricas. Ellos empezarán a vivir el modernismo bajo el rigor de la explotación a que los someten los concesionarios. Se forma así la clase obrera como un nuevo fenómeno social, que rompe el esquema simplista de una clasificación tradicional que dividían a la sociedad mexicana en dos grupos únicos: “la gente decente” y “los pelados”.

Este nuevo sector comienza a gestar un deseo de superación de los desposeídos, y sus inquietudes producen dos soluciones distintas: en la primera, del poder baja la represión brutal del ejército, pretendiendo suprimir las demandas justas de los trabajadores. La segunda, en sentido contrario, parte de los que nada tienen y con ella se proponen, a través de la Revolución destruir a los “antiguos ricos” que los explotan, para encontrarse después de un baño de sangre, que han formado a los “nuevos ricos”.

Tras ese reacomodo, las capas sociales vuelven a estratificarse. Queda nuevamente lo que podíamos llamar el “sector de contacto”, cuyos recursos económicos, sociales y culturales, les permiten vivir

igual que en los países industrializados, y se empiezan a manejar teorías para poder elevar el nivel de vida del resto de los mexicanos.

Se habla incansablemente en términos económicos: el producto interno bruto, el ingreso “per capita”, etc., para poder inventar teorías, estrategias y formulas que nos permitan, como por arte de magia, ponernos a la altura del modelo elegido, cayendo en un sofisma y pretendiendo alcanzar una quimera.

La grave crisis que vivimos ha venido a echar por tierras las ilusiones de poder salir del mito del subdesarrollo, a cambio de lo cual, nos ha enseñado la cruda realidad de nuestras grandes carencias internas, con el agravante, que en el afán irrefrenable de pretender parecemos al “modelo” elegido, nos hemos olvidado de nuestros valores auténticos forjados en el esfuerzo de un sincretismo mestizo, al grado de no vivir ya como lo que somos, sino como los demás pretenden que vivamos, influidos por una transculturación tenaz y constante. Hoy el espejismo de llegar a ser como sonamos se ha destrozado, y en medio de una cruda realidad, deberemos iniciar un nuevo camino que nos permita crear nuestro propio modelo.

Como podemos ver, la crisis que vivimos no es simplemente una crisis económica, sino una larga cadena de desaciertos que se han ido soslayando. Quienes formamos parte de una comunidad universitaria, no podemos asumir una actitud de “torre de marfil”, suponiendo que todo está mal menos nosotros. Deberemos reconsiderar si la enseñanza que impartimos es congruente con la realidad que vivimos, ya que si por una parte resulta imposible alcanzar el modelo propuesto, el buscar soluciones que alivien la “brecha” interna sí constituye un deber ineludible e inaplazable, dada la velocidad con que se ahondan las diferencias, y cuyas consecuencias en un deterioro social pueden resultar impredecibles a incontrolables.

No podemos continuar cómodamente en el camino apacible en el que temerariamente hemos vivido, ni tampoco seguir inmutables esperando a ver de dónde surge una solución milagrosa. Los profesionistas que formamos en la Universidad, deberán estar capacitados para enfrentar la cruda realidad de un México, en el que ya se han borrado los últimos vestigios de un sumo ilusorio, y tienen que esforzarse por crear uno nuevo, congruente con la realidad por dolorosa que ésta resulte.

En consecuencia, el reto del docente universitario contempla dos aspectos fundamentales: uno de forma y otro de fondo. En la forma, la enseñanza universitaria deberá de dejar un método sistemático y simplista, en el que solamente se van adaptando en una forma rezagada, los avances científicos y tecnológicos de los países industrializados, por el de una enseñanza creativa, imaginativa, que busque caminos que nos conduzcan a aliviar nuestras grandes carencias, equilibrándolas con los cada vez más menguados recursos con los que contamos.

En el fondo, la inspiración cristiana es nuestra piedra angular, y lo Iberoamericano nuestra esencia cultural. Independientemente de los factores técnicos, los valores económicos no pueden seguirse considerando como cifras frías de una balanza de pagos o de una cotización de cambios. La realidad económica de la mayoría de la población, cuya única posesión son las carencias que los agobian, es un lacerante problema que demanda una justa y pronta solución.

El seguir esperando que el problema llegue resuelto por alguno de los dos polos de poder, que en una forma maniquea pretenden la hegemonía del mundo, será admitir nuestra incapacidad, irresponsabilidad e indolencia. No podemos pensar que quienes detentan el poder y poseen los medios productivos, se revistan de un místico espíritu franciscano y se despojen voluntariamente de todos sus

recursos. Ni tampoco que la solución se encuentre en un exaltado socialismo que automatice toda actividad personal, sacrificándola en aras de un estatismo absoluto.

Ojalá que el analizar el “subdesarrollo” en estas “Reflexiones Universitarias”, nos lleve a meditar cómo deberá ser la futura enseñanza universitaria. La respuesta no podrá surgir de inmediato, pero al menos podemos vislumbrar que esta deberá contener dos valores fundamentales: imaginación y caridad. Imaginación que nos abra caminos creativos en la enseñanza futura; caridad, que en su auténtico sentido, impulse a las futuras generaciones no a simples soluciones de modernización, sino de una autosuficiencia que permita a los sectores más deprimidos poder disfrutar de una vida plena sin carencias ni angustias.

El tiempo de copiar ha terminado, empecemos pues la etapa creativa, . . .y que Dios nos tenga de su mano.

*José Cano Vallado.
Universidad Iberoamericana.
Otoño 1983.*